

ATENEEO BARCELONÉS

INAUGURACION DEL CURSO 1964 - 65

LECCION INAUGURAL POR EL

Excmo. Sr. D. JOAQUIN CALVO - SOTELO

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL ATENEEO

Excmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

DISCURSO DE CLAUSURA POR EL
DIRECTOR GENERAL DE INFORMACION

Excmo. Sr. D. CARLOS ROBLES PIQUER



Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 79222

Arm.

Est.

817.4-2 Cal &

MINISTERIO
DE CULTURA



ATENEO BARCELONÉS

INAUGURACION DEL CURSO
1964 - 65

LECCION INAUGURAL POR EL

Excmo. Sr. D. JOAQUIN CALVO - SOTELO

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL ATENEO

Excmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

DISCURSO DE CLAUSURA POR EL
DIRECTOR GENERAL DE INFORMACION

Excmo. Sr. D. CARLOS ROBLES PIQUER



MINISTERIO
DE CULTURA



JOAQUIN CALVO - SOTELO

“PRESENCIA DEL TERCER SENTIDO
EN LA POESIA ESPAÑOLA”



MINISTERIO DE CULTURA

MINISTERIO DE CULTURA

MINISTERIO
DE CULTURA



Cuando vuestro Presidente, Ignacio Agustí, me invitó a que pronunciase una conferencia para inaugurar el curso del Ateneo Barcelonés, mi primer impulso fue el de rehusar el honor que me confería. La conferencia como género literario me inspira un profundo respeto. Cada vez me asusta más asumir la pedantesca actitud de ser el único que habla en presencia de un número de clientes enmudecidos por galantería. Para ganarse esa preeminencia es menester decir cosas muy redondas y muy importantes y yo no estoy, por desgracia para mí permanente y para vosotros pasajera, en condiciones de dar a mis palabras esos valores.

La invitación de Ignacio Agustí, sin embargo, halagaba mi vanidad de tal manera que pese a cuanto acabo de decir y contra todas las normas de prudencia, decidí cambiar de actitud y contestarle afirmativamente. Y es que el Ateneo Barcelonés está demasiado fundido a mi vida profesional como para que no me deslumbrase la idea de intervenir en su curso académico.

Aquí bajo la tutela de don Pere Corominas diserté yo por vez primera —me aterra pensarlo—, pronto hará 35 años.

Aunque la vida ha evolucionado en cuanto nos rodea, de tal forma que muchas cosas e instituciones, ya no digamos las personas, resultan prácticamente irreconocibles, el Ateneo Barcelonés continúa bastante fiel, en lo esencial, a lo que siempre fue: un lugar propicio al estudio y al diálogo; en el que la juventud se entinta de moderación y a la madurez le saltan chispas de juvenil curiosidad; donde todo es posible y nada es irremediable; en donde, aunque sumido, como lo está, en el fondo de una calle sin perspectivas, el hervor, la sutileza, la sensibilidad de sus pobladores habituales le convierten en una de las atalayas más próximas a Europa y a occidente de nuestro país.

En la última ocasión que estuve ante vosotros, fue para asistir a la imposición de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio a José M.^a de Sagarra. Recuerdo haber analizado entonces las diferencias existentes entre el Ateneo madrileño y el barcelonés. Sigo pensando que ese pequeño jardincito por el que hay que pasar para entrar en su biblioteca, en su sala de tertulias y en la de actos, imprime carácter a vuestra Institución y la separa esencialmente de su homónima madrileña. Vuestro Ateneo

es de regadío, el nuestro de secano y todas las cosas que el agua no acaricia y mimosa y dulcifica, suelen ser más ásperas e intransigentes, porque la intransigencia es, al fin y al cabo, un problema de sequedad inicial, de no saber abrirse a la razón ajena comprensiva y generosamente, de no sentir humedecida y preñable la razón propia por la semilla de la contraria. Así pues, el Ateneo Barcelonés ha acentuado siempre lo que hay en él de cátedra y el madrileño lo que hay en él de tribuna, el barcelonés el tono profesoral, el madrileño el combativo, el barcelonés lo lírico y el madrileño lo épico. Insisto, repitiendo lo que antes dije, que si bien vuestro Ateneo depende del Ministerio de Información, el nuestro cae más bien en el fuero del Ministerio del Ejército, y que en su destino último, el Ateneo Barcelonés afluye de un modo espontáneo a esa gran Institución cultural que es la UNESCO y el madrileño a esa obra belicista que es la NATO.

Declaro, pues, mi gratitud a la Junta Directiva del Ateneo Barcelonés por haberme elegido para abrir su curso y aprovecho esta oportunidad para decir que enmendado su yerro inicial espero que éste sea brillante y fecundo. Quizás estas palabras son preámbulo suficiente para entrar en el tema.

Vamos a hablar de un sentido al que sería excesivo que nos refiriésemos como de un sentido a extinguir, pero al que si es perfectamente lícito, sin pecar de pesimismo, considerarlo en crisis.

No es ésta, no, la edad de oro del olfato. La edad de oro pertenece a una época muy lejana y borrosa, a la Prehistoria. En ocasión de una de las conferencias que el Conde Keyserling dio en Madrid en 1932, dijo algo parecido a esto. —«Puede calcularse que el primer hombre apareció sobre la tierra hace 895.000 años». Entonces, a uno de sus admiradores se le oyó comentar: «Exacto». Si exacto es, en efecto, que el primer hombre surgió hace 895.000 años, la edad de oro del olfato hay que situarla poco más o menos en aquellas remotas fechas.

Es lícito deducir la importancia de la función, de la de los órganos a que está adscrita. En la cabeza del hombre primitivo, dos elementos predominaban sobre los otros. Eran, de una parte la quijada, de la otra la nariz. La quijada, y en ella la dentadura, parecían corresponder a un animal de presa. Imaginemos al hombre de aquellos remotos tiempos obligado a procurarse su sustento en condiciones difícilísimas, a ingerirlo con un mínimo de adobo y de preparación y a masticarlo brutalmente. Si una quijada *ad hoc*, la alimentación del hombre primitivo hubiera sido imposible. Hoy, cuando las vemos reproducidas, nos llaman la atención sus dimensiones y, fácilmente deducible por el espacio de los alveolos, el tamaño de los dientes.

Igual acontece con la nariz. Ancha de base, carnosa, con inmensas ventanas, sólo por galantería podemos llamarla de esa manera: la palabra hocico le es atribuible con mucha mayor justicia. El hombre de Neerdenthal, no olía, olfateaba, venteaba igual que las fieras. El olfato

constituía para él un arma de defensa. Escondido al abrigo de sus cavernas, acechado, a pocos bienes que poseyese, armas o ganados o pieles, por sus congéneres, por los Caínes de siempre, el hombre primitivo, se servía del olfato como de un instrumento para ponerse a salvo de posibles peligros. A medida que el olfato dejó de ser un instrumento de necesidad, de ininterrumpido uso, el hocico se transformó, honorablemente, en nariz. Del hombre original a Cleopatra, media un abismo en el que la imaginación se pierde. Es un abismo formado por millares y millares de años, durante los cuales la evolución fue haciéndose con lentitud, pero con firmeza. Marco Antonio no hubiera perdido su trono ni sus batallas en la infancia del mundo. Sólo que cuando Cleopatra aparece en su camino, la brutal carnosidad, el repugnante asiento reservado en la más ostensible parte del rostro al órgano del olfato, se ha convertido ya en aquella deliciosa insinuación, palpitante, estremecida, hilando casi en una misma línea con una leve curvatura el arco de la frente y la nariz misma. Y ante esa obra maestra, fruto de la decantación de cientos y cientos de generaciones humanas, Marco Antonio sucumbe. Su flaqueza ha sido novelada, dramatizada y cantada en todos los tonos y por todas las liras desde entonces a hoy.

Ha de atribuirse tal propaganda a la posición relevante de Cleopatra y de Marco Antonio y a las consecuencias que tuvo para la marcha de la Historia de su tiempo, pero lo cierto es que, sin tanta notoriedad, pero de la misma manera, millares y millares de discípulos inconscientes suyos repiten a diario, en términos semejantes, las mismas cláusulas de su rendición. Ese cartílago femenino ha marcado, como un timón tembloroso, el rumbo de incontables vidas.

En su reducción a las medidas actuales, la nariz ha perdido mucho de su pasada servidumbre, pero también una parte de su delicia. Se ha sacudido, como una carga pesada, su dependencia a mil olores intempestivos, pero ha quedado inútil para la aprehensión de otros profundamente seductores. El reino odorífico del hombre es, por suerte o por desgracia, profundamente limitado. Y dentro del orden animal, de los más cortos. Imaginaos el perro. Alejadle de su punto de partida cuatro, cinco, seis o diez kilómetros, los que os apetezcan. Obligadle a que los recorra, no en línea recta, sino en zig-zag, con los ojos vendados y el resultado será el mismo. Poco tiempo más tarde, el perro retornará a sus lares. El perro sabe exactamente qué olor emanan no ya las personas, sino los objetos, las cosas. Ignoramos si sus reacciones son iguales o distintas de las nuestras, esto es, si sus gustos se acomodan o no a los nuestros, pero lo que es evidente es que su sensibilidad centuplica la nuestra.

En fin, sea cual sea nuestra nariz, lo indudable es que no disponemos de otro medio más adecuado para la percepción de los olores que éste y que sería primero suicida y segundo injusto, el ponerle pleito, porque la verdad es que pese a sus limitaciones, en este mundo com-

plejo en el que la ciencia ha alcanzado conquistas gigantescas, no soñadas por nuestros antepasados, no ya los remotos sino los próximos, la nariz es el único medio de que el hombre dispone para la percepción de los olores.

El músculo, lo multiplican las calorías y las grúas; el cerebro, las máquinas calculadoras; la vista, los microscopios y los telescopios. A la hora de oler, a la nariz ni la sustituye, ni la ayuda nadie. De ahí que por el juego natural de las leyes de la oferta y de la demanda, una nariz como es debido, una nariz —y no hablo de su aspecto externo, sino de su eficacia funcional— una nariz, afilada, y sensible, merezca hoy de aquellos que necesitan de sus servicios, una retribución fabulosa. Sabido es que hay perfumes que sólo se obtienen hasta después de la mezcla de veinte y treinta diversas sustancias aromáticas. Sabido es que ésta mezcla sólo la nariz, esto es, el olfato, determina en qué proporción y de qué forma puede hacerse. Esta es la causa de que en Estados Unidos, un buen especialista, un buen catador de perfumes gane fortunas.

Se abre, pues, un porvenir ilimitado para este tipo de sensibilidades y que nadie por el simple hecho de tener una gran nariz —érase un hombre a una nariz pegado— escribía Quevedo, se considere apto para ese oficio, ni que nadie tampoco al que la naturaleza le haya dado tan sólo un pequeño cartílago se deprima, porque la verdad —y esta es una de las primeras afirmaciones que conviene dejar bien sentadas— el sentido del olfato no necesita para ser ejercitado con finura de un gran hospedaje y es totalmente ajeno a sus características exteriores.

De la misma manera que el Lloyd's inglés registra la totalidad de los barcos actualmente a flote, ¿existe un catálogo semejante de los olores que la nariz humana puede distinguir? ¿Existe la posibilidad de clasificar los olores según sus categorías, sus orígenes, su intensidad y sus diferencias? Evidentemente que no, pero, eso sí, aunque sin láminas, hay alguien que se ha preocupado de enumerarlos. Según éste, son 624, los distintos olores que es capaz de registrar el olfato del hombre. Se me dirá que la cifra es muy alta y yo naturalmente no la garantizo. Es Mr. Harry Wallace, el que lo hace por su cuenta y razón.

Leo, así, a trasmano, una referencia periodística de su catálogo y me propongo buscarlo apenas pueda. Sin disponer de él a la hora de urdir estas ideas se me ocurre que estará dividido, a no dudarlo, en dos grandes grupos.

De una parte, el de los olores puramente naturales, considerando así los producidos por las cosas, por los seres vivos o vegetales, y del otro los que elabora el hombre. Existe el olor de la tierra mojada, el que nace de los árboles, de las flores, de las plantas, de las personas, pero existe también el olor del perfume fabricado químicamente. Dentro de éstos, hay perfumes que tienen una función substantiva, utilitaria, pero hay otros involuntarios que brotan de objetos cuya finalidad esencial,

sin embargo, no fue la de causar sensación alguna al olfato. Existe, por ejemplo, el olor a tinta fresca que a algunos profesionales de la pluma les enajena. Existe el olor a coche nuevo que a un número mucho más ancho de seres vivos traspasa de felicidad. Existe el olor de la piel curtida que tanto satisface saborear en las carteras y en los monederos. Existen, pues, una serie de olores, repito, artificiales que en unos olfatos despiertan una sensación placentera y en otros por el contrario de repulsa, que en algunos casos emocionan como una especie de pequeña patria olfativa y en otros irritan la pituitaria. Olores sobre los cuales no es posible decir nada ni en pro ni en contra, legislar, si se nos permite la palabra, porque cada cual reacciona ante ellos de la manera que les parece más adecuada y es pueril, por tanto, contradecir con nuestro criterio el ajeno.

¿Hay, pues, 624 olores diferentes? ¿Hay más? ¿Hay menos? No nos importa esto demasiado. En el Registro de la Propiedad olfativa sean otros sus archivadores.

Vamos a ver qué olores son los que filía y describe la poesía española contemporánea. A ella me he ceñido porque extender más el área de mi incursión, sería desparramarme excesivamente. Aún así sé que omitiré citas importantes. Con estas aventuras antológicas suele acontecer lo que al viajero de Roma, al que después de haber trajinado día y noche, hasta el agotamiento, por todas sus iglesias, museos y rincones, el amigo que le escucha le pregunta a boca de jarro. —¿Y no viste aquel Tiziano, o aquel Donatello, o aquella Venus...? Y como le conteste que no, súbitamente tiene la sensación de que su viaje fue estéril y que se dejó sin ver lo más sabroso y malogró su esfuerzo y malgastó su dinero. Hablemos, pues, aún arriesgándonos a graves omisiones, del olor en la poesía española.

Primero de los olores irreales.

Porque el poeta es, en definitiva, un inventor de perfumes. Por eso cuando dice que huele a tres de la tarde, inventa un olor, un olor no previsto y que, sin embargo, en un momento dado, puede ser tan preciso, tan redondo, tan exacto como el del azahar. Y cuando en verso mediocre afirma,

*Tus ruas silenciosas
que huelen a leyenda...*

inventa, del mismo modo, un olor en este caso bastante arbitrario y singular, pero que hay que admitirlo y respetarlo, entendiendo que encuentra su eco si no en sus fosas nasales, sí en su corazón en trance. Ya, naturalmente con mucha más jerarquía, con mucha más belleza, con una extraordinaria belleza, alude Lope —Lope es un poeta intemporal— a un olor delicioso.

*El rey se fue. Partieron los amantes
Quedó al lugar un suave olor a corte
como de estancia en la que hubieron guantes*

Aquí, ese olor de habitación, en la que en efecto, como dijo Lope «hubieron guantes», es un olor noble y apto sólo para ser captado por una sensibilidad como la suya. También Leopoldo Panero *inventa* cuando habla en su «Oración», del «aroma suave —que brota del dolor como una fuente». Y con más audacia que ninguno, Gerardo de Diego dice en su poema «Continuidad»:

*La presencia de la muerte, se hace cristal de roca discreta
para no estorbar el intenso olor a envidia joven
que exhalan los impermeables.*

Adivinar que el impermeable tiene un olor distinto, ajeno al del material de que esté compuesto y que ese olor es justamente a envidia joven es misión esencial y exclusiva del poeta.

Añade Jorge Guillén en «Ardor»:

*Cornetines suenan, tercos,
y en las sombras chispas estallan.
Huele a un metal envolvente.*

He ahí un olor incatalogable.

Ved ahora un olor compuesto de otros varios olores, con el que no contó Mr. Wallace. Agustín Esclasans en su poema de «Las piedras de Salamanca» nos lo sugiere:

*Al sol de este mediodía
se escapa un olor corrupto
de cuero, algarrobas, nardo,
de suciedad y lujuria.*

De toda esa mescolanza, batiburrillo y maremágnum, de algarrobas, suciedad, lujuria y cuero, al poeta le llega un olor que los agrupa a todos, que es solamente un olor corrupto hecho de barajar y confundir los demás.

Oíd a Juan Eduardo Cirlot en el «Canto de la vida muerta».

*La vida era como un pañuelo blanco
agitado entre cumbres y gemidos,
era como fragancia infranqueable,
como yerma doncella visitada.*

Hay también ahí una metáfora inédita: la vida considerada como un muro hecho de perfumes y, por añadidura, infranqueable, compacto como un muro de piedra.

Alvaro Cunqueiro, en su poema «Ha venido a hablaros», dice:

*Con mis dedos fríos he tocado los ojos de vuestras hermanas.
Y he percibido un intenso olor a cobre derramado.*

Y no importa que a cualquier analista minucioso le enoje un tanto la alusión a un olor como éste, que sin duda no existe, porque el cobre es absoluta y totalmente inodoro y extraño a esa forma fluente y líquida, pero, repito, si al poeta se le fuera a someter a leyes análogas de rigor y precisión a las del resto de los mortales, una gran parte de la poesía, y acaso la mejor, sería injusta y arbitrariamente decomisada.

El olor a «alba creciente» que se desprende de la noche, según Vicente Aleixandre, en su poema «Posesión», es un olor de apreciación puramente personal del poeta con el que, sin embargo, muchos de sus lectores pueden identificarse, porque, si las tres de la tarde tienen un olor preciso, ¿por qué negárselo a las 4 y a las 5, a la noche y al alba?

Más legítimamente, César González Ruano en la «Balada de cherche-midi», dice:

*¡Oh, libres Buenos Aires,
Azuladas Antillas,
perfumados Brasiles,
islas fuera del mapa.*

Porque parece lógico atribuirle a Brasil, indiviso frutal, ese conjunto de aromas como mote de su escudo.

*El alma, que ha olvidado la admiración que sufre
En la melancolía agria, olorosa a azufre
de envidiar malamente y duramente,
anida en un nido de topos, es manca, está tullida.
¡Oh miseria de toda lucha por lo infinito!*

Así habla el gran patriarca de la poesía de la lengua castellana Rubén Darío en su «Canción de otoño en primavera». A azufre huele, según Rubén Darío el alma que envidia mala y duramente. Gran acierto éste de identificar con tan triste espíritu el olor incisivo, desagradable, insano del azufre.

Mucho más material y concreto es el verso de Alejandro Collantes en su «Rondel de D. Presumido».

*Si tuviera olor de patios,
surtidores de agua fina,
arroyos de piedras bajas
y estrellas de celosías,
si tuviera olor de dulces
la calle te rondaría.*

El olor de dulces es muy preciso y vulgar. El olor de patios ya lo es menos entre otras causas porque existen patios de muchas clases, de muy diversas hechuras y esencias. En todo caso el olor de los patios hay que considerarlo también como de esos olores inventados y sin catalogación posible.

* * *

Pero apenas alejados ya del capítulo de los olores nacidos de la imaginación del poeta, de los olores abstractos, en suma de lo que podríamos llamar genéricamente olores literarios, urge que nos ciñamos al examen de los olores verdaderos, de los olores esenciales. Es este el punto en el cual, inevitablemente nuestro análisis tiene que acercarse al estudio del mundo vegetal. El mundo vegetal de las flores, de los frutos, de las hierbas, de las plantas, de los árboles, que es todo él un múltiple diverso y sugeridor aroma.

Fernando González dice:

*¡Ay amor, ay amor,
¿Para quién da su aroma
la flor?*

Podríamos contestarle que la flor da su aroma indudablemente para muchas cosas. La da para encender los corazones en las tardes primaverales, para el ornato de los sentidos, para los enamorados y los muertos, pero pienso que antes de nada y por encima de todo, la flor da su aroma para los poetas. Por lo pronto, eso es indudable, los poetas son los notarios, los inspiradores notarios de su aroma y no existe poeta cuya obra, por corta y aún exótica que sea, no se cosechen múltiples alusiones y referencias al olor de las flores.

Fernando Villalón en «La toriada» cantó las flores con su viril empuje:

*¡Oh despertar de flores,
que su tallo empinando
hálito al calentado y amoroso
del nuevo novio hermoso,
que el oriente partió en siete colores,
sus corolas alzando,
del peso de la escarcha ya zafadas,
hojas abren en polen perfumadas!*

Dolores Catarineu en su «Jardín cerrado» dice así:

*Flores de los jardines
con las verjas cerradas,
que en aroma os hacéis
tangibles a mis manos...*

Enrique de Mesa en su «Autosemblanza» alude igualmente a las flores:

*Acaso la flor que quiero
la bella y fragante flor
nacida para mi amor,
¿no aromará mi sendero?*

Y Juan Ramón Jiménez en «Alba»:

*Suspiraban las flores al salir de su ensueño
embriagando el rocío de esencias.*

Todas estas son alusiones a las flores sin personalización, indiferenciadamente, pero huelga decir que con frecuencia al poeta, esto, no suele bastarle. Aplícase, entonces, a distinguir dentro de ese universo infinito, dentro de ese anchísimo abanico, unas flores de otras, unos perfumes de otros. La botánica de los poetas no es, cierto, de tan ancha panoplia como la de Linneo, al menos la de los poetas españoles. Estoy seguro de que la fragancia de la poesía tropical será mayor. Son las más aludidas las rosas, los nardos, los claveles, las violetas, los jazmines. En menor escala ya, el heno y las hierbas; las hierbas, así, indistintamente, aun cuando sea tanta como es la variedad de sus olores.

Cuando Ildefonso Martínez Gil en su «Elegía», dice:

*¿Es vida cada día? Te estremece la duda,
contienen en tu frente el miedo y la esperanza,
¿Gustará esta mañana toda la luz del mundo?
Señor, ¿harás eterno el olor de la rosa?,*

probablemente formula a Dios una pregunta que ha de serle contestada en forma afirmativa. Es cierto, el olor de la rosa es eterno. No prescribiré nunca. Oíd a León Felipe, su poema: «Deshaced ese verso»:

*¿Qué importa que la estrella esté remota
y deshecha la rosa?
Aún tendremos
el brillo y el aroma.*

Oíd el poema de Ramón de Basterra a «La casa de Borbón»:

*A través de las siluetas de tus reyes y damas
como a través de múltiples y perfumadas ramas,
sobre España, por medio de sus casas y calles
dilataron su aroma las rosas de Versalles.*

Ved, en Juan José Llovet, en su «Canto a Castilla»:

*¡Jardín de rosas añejas
que aromas de amor exhalan,
dando báculo a las viejas
y júbilo a las zagalas!*

Y en Manuel Segalá en «Primavera fugaz»:

*Rosas de perfume intenso
son pétalos de esperanza.
Besos blancos sobre el verde
de mi jardín esmeralda.*

Y en Arturo Pacheco en su poema «Renacer»:

*¡Por ti enjoya de nácar sus collares la espuma;
es más limpio el brillante que palpita en la estrella,
y se visten de sedas y perfumes las rosas...*

Y Rubén Darío suspira:

*Aún puedes cazar la olorosa rosa —y el lis— y hay mirtos
para tu orgullosa —cabeza gris.*

Y después en su «Responso a Verlaine» añade:

*Yo supe de dolor desde mi infancia. —Mi juventud...
¿fue juventud la mía? —Sus rosas aún me dejan su fragancia;
—una fragancia de melancolía...*

Dice Valle Inclán:

*Llega por un camino nunca andado —ya no son sus veredas
tenebrosas. —Desgarrada la sien, triste aromado — llega
por el camino de las rosas.*

Ildefonso Gil, piensa que es verdad que es eterno el olor de las rosas. Pero no todas las rosas son iguales ni el olor que de ellas se desprende vale igual para quien lo advierte y saborea.

Juan Ramón Jiménez en una de sus poesías tituladas «Parque» dice:

Silencio —huele a rosas pisadas.

No es el olor de la rosa magnífica exultante, en la plenitud de su efímera vida una tarde de primavera, no; es un olor castigado, doloroso y punzante, el olor a las rosas pisadas.

Aconsonantada a la terrible y patética indolencia que respira «Adelfos» de Manuel Machado, el poeta al hablar de las rosas, sinónimo de la pasión, la describe como una flor que nace en tierras ignoradas y que no tiene aroma, ni forma, ni color.

Es, pues, una rosa, que, prácticamente no lo es, una rosa desprovista de sus cualidades esenciales. Sólo que en el alma de Manuel Machado, «hermana de la tarde, ya no hay contornos» cuando escribe este poema; y la rosa, lo mismo que todo lo demás, no es sino una sombra que puebla su universo de hombre en cuya alma prendió para siempre la melancolía. He ahí un caso excepcional. Porque cuando el poeta se acerca a la rosa suele no hacerlo nunca para desdeñarla, para pasar a su lado sin prestarle la atención que debe, sino al contrario, para sumergirse en su aroma, para embriagarse en él.

Nosotros abogamos con Román Escohotado «por las frescas y fieles rosas perdurables», por el «fresco aroma de rosas» de que en «La sonata de abril» habla Francisco Villaespesa.

* * *

Huelen también, y ¿cómo no?, los claveles. Mack-Kinlay en «El vaso de Triana» dice:

*Clavados en el cuello del tierno jarro —se mustian tres claveles en el
tres perfumes exhalan en espirales —que aroman como incienso de
Murieron los claveles a la mañana —más resta puro el vaso, flor de*
[cacharro.
[funerales.
[Triana.

Es curioso en este caso la asociación del olor del clavel a una anécdota puramente funeraria, porque no es el clavel una flor que aunque se dispute los tristes honores de acompañar a los muertos como sus hermanas, esté, por así decirlo, especializada en ese dramático menester.

El clavel en la vida española, engrana, se emparenta más que nada con las ardientes pasiones de los vivos. Vale, sin embargo, ese ejemplo para demostrar según decíamos al principio, qué anchos son los servicios que las flores prestan al hombre.

Si hay entre los olores uno que tenga aristocracia, este es el del nardo. Leopoldo Panero ha sabido referirse a su intensidad, a su poder de penetración, igual que un berbiquí en nuestra carne, al decir que «el dolor excede al aroma del nardo», como dando a entender que el dolor, cuando, en efecto, nos oprime entre sus garras es más dominante y fuerte que el nardo mismo.

¡Y qué bella es la estrofa de Valle Inclán en su «Resol de verbena»:

*Corona el columpio su juego —con cantos — la llanura arde: —
Tornóse el ocaso de fuego, — los nardos ungiéron la tarde.
¡Plásticas nupcias del aroma del nardo con la tarde!*

Tanta flor, tanto nardo —canta Juan Ramón Jiménez en «Penas Blancas», tanta blanca azucena — llena el valle del mundo — de blancura y de esencia.

Y Carmen Conde en «Hombre con violín»:

Es rubio —dice—, y añade describiéndolo: —huele a nardo en la noche con luna.

¿Cómo no sentir simpatía y a la vez miedo por el olor de azahar? El azahar es el único perfume que puede llevarnos al «delirium tremens», como el alcohol. Cuando se recorren de noche los naranjales valencianos el azahar, más que ningún otro aroma del mundo, cobra corporeidad y volumen.

Federico García Lorca, en «Veleta», parecía sentirlo así:

Viento del sur — moreno, ardiente. — Llegas sobre mi carne — trayéndome semilla — de brillantes miradas — empapado de azahares.

El azahar, no por su valor aromático, sino por su valor simbólico, es aludido por Rubén en «El faisán» de esta deliciosa manera:

Llegaban los ecos de vagos cantares — y se despedían de sus azahares — miles de purezas en los bulevares.

¿Os gusta el olor de los jazmines, el olor de las violetas? Leed a Juan Ramón Jiménez.

Silencio — Sólo queda — un olor de jazmín; — lo único igual a entonces, a tantas veces luego, ¡sin fin de tanto fin!

Y del mismo modo en los «Votos floridos» de Marquina:

*Porque nunca maldigas de la piadosa tierra — y el buscar no te canse
que encuentres violetas, ¡un montón de olorosas violetas!*
[y el sufrir te consuele,

Las citas podrían crecer indefinidamente. No es que sin el olor de las flores la poesía española se desodorificase, no. Como luego veremos, huele a muchas otras cosas. Pero es indudable que el perfume de las flores la enriquece y que es uno de los más natural y legítimamente incorporados a ella.

Martínez Sierra escribía:

Y cómo huelen las flores — cuando una mujer se ha ido — cuando todo, alma, jardín, — casa, se queda vacío.

Sí, según la gracia del poeta, las flores huelen de manera diferente, con varia intensidad, dependiente siempre de dónde y cómo, en qué lugar del poema y del verso hayan sido colocadas. Tampoco una flor expande su aroma del mismo modo desde todos los puntos del hogar. Hay una ciencia que consiste en saber no sólo cómo ha de ser dispuesta, sino en qué sitio exacto, porque la flor es como un monarca absoluto al que no le gusta ver compartidos sus poderes.

* * *

¿Queréis oler en la poesía las hierbas del campo? Y ¿porqué no? José Carner dice en su «Nabí»:

*Sentia olor de sal i ginestera
lluia al sol un home pel turó
i anava a jeure en el tendal d'una figuera.*

Macarís en «La luna de Zamora»:

La racha de hierba luisa — deja un raptó de perfume.

Juan Ramón Jiménez:

*Los bueyes vienen soñando — a la luz de los luceros
en el establo caliente — que sabe a madre y a heno.*

Cuando Adriano del Valle, romano por misteriosos designios de su autonomía, enamorado de la antigüedad clásica, va a la Isla de Capri, se exalta y dice cantándola:

*La madreperla allí no es milagrosa — ni es milagroso
aquí que arome el heno.*

Según José Sanz del Río Sáinz, «San Sebastián de Garabandal»:

Parece un eco del romancero — huele a ventisco, huele a romero.

Y las frutas, y la tierra, y el campo, ¿cómo no ha de oler todo eso? Mejor dicho, ¿cómo no ha de merecer todo eso, en el libro de actas de la poesía, una inscripción bien menuda y clara?

Al tener la amatista — del mundo vegetal derramada a la vista,

Ramón de Basterra sentía que se abría al fondo de su ser, «una mano de demiurgo en fiesta que empuja al gran arcano». «A este mundo tan bello a que soy bienvenido» ¡Pobre Basterra! Poeta ilustre, vida dolorosa, que se extinguiría tempranamente entre las sombras de la locura. Pero es cierto, la gran amatista del mundo vegetal, además de visibilidad y transparencia, tiene también aroma.

*¡Qué sabor a fruta nueva — ha de tener en los bordes — el mar,
[la arena y el aire...!]*

Así Josefina de la Torre, atribuye ecuménicamente a todos los confines del universo, el mar, la arena y el aire, un sabor a fruta nueva, en que parece cerrarlos como con una lírica cremallera.

«Fruta en sazón rica y sana — cantará después Arturo Cuyás de la Vega — incitante y olorosa...»

Y Ramón del Valle Inclán, en su «Ave»:

*Y que aromen mis versos como aquellas manzanas — que otra abuela
[solía poner en las ventanas.
Donde el sol del invierno daba por las mañanas.*

Huele la tierra. Sí, la tierra entera. Helidoro Puche, lo afirma en su poema «Espíritu»:

*El cielo, pone una estrella en mi romanticismo — y siento que al
[espacio sube el suelo
como una isla flotante de aromas y de humo.*

Por su parte, Antonio Machado se encuentra a «Un viejo y distinguido señor»:

*Yo te he visto — le dice. — Yo te he visto, aspirando distraído
con el aliento que la tierra exhala, — hoy, tibia tarde, en que las
[mustias hojas
húmedo viento arranca — y el eucalipto verde — el frescor de las
[hojas perfumadas.*

Por sus «Campos de Soria»:

*La primavera pasa — dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.*

Sí, tiene razón Dionisio Ridruejo cuando dice en su poema «La inundación» que, la tierra esponjada — bajo el peso de plata — es franca y olorosa».

El olor de la tierra para Luis Vivanco «se torna alabanza». Y las lejanas memorias de la tierra lejana, para el gran D. Ramón del Valle Inclán, se le antojan «olorosas a hierbas frescas por la mañana».

¿Cómo el olor a tierra mojada no había de despertar ecos en el corazón de algún poeta? Es en la «Amanecida» de Ginés de Albareda donde lo recojo yo para mostrároslo:

*La sombra sin disciplina, — que huele a tierra mojada — marcha por
de gallos y de campanas. — El sueño en curva de ondas — rompe
[itinerarios
[inconclusa su trama.*

Y Tomás Garcés en su «Canyar Florit»:

*Fresc ombradiu, llisquent riera clara;
melangia: sentor
de terra molla; herbech gemat.*

Y en «La Cuerda» de Juan Ramón Jiménez, ved registrado este extraño, sombrío y estremecedor son:

*En la paz del campo van — dejando los troncos muertos — y un olor
a corazón descubierto — Y cae el ángelus desde — la torre del pueblo
[fresco y honrado
[viejo.
sobre los campos talados — que huelen a cementerios.*

Lo que decíamos al principio cabe repetirlo ahora. Misión y tarea del poeta es captar con su olfato lo que los demás no captan.

Antonio Machado, y de él nos servimos para cerrar este capítulo, da la norma de lo que, tanto en el mundo del amor, como en el de la creación literaria, debe ser infatigablemente perseguido.

*Crear fiestas de amores, en nuestro amor pensamos, — quemar nuevos
[aromas,
en montes no pisados.*

* * *

Si en el aire se dan cita todos estos distintos olores, si el aire es, por así decirlo, la sala de los pasos perdidos en la que todas las cosas y todos los seres, huelen, ¿cómo no ha de oler el aire mismo? ¿Cómo no ha de tener el aire un olor que enhebre todos los restantes olores y que no esté hecho, sin embargo, de una suma de ellos? ¿Cómo no ha de alterar ese olor del aire la regla matemática de que la suma es igual al valor de todos los sumandos? Precisamente la sabiduría del poeta reside en saber diferenciar una y otra cosa. Oler el aire requiere ya, una cierta aptitud metafísica. Y no está eso al alcance de todo el mundo. Base hay ahí para que el poeta se emplee a fondo.

De nuevo, parafraseando a Fernando González como antes, podríamos repetir con él:

Ay amor, ay amor — ¿para quién lleva el aire el olor?

Para el poeta, responderemos sin vacilación. Por eso el alcance en el poema a «Roma» de Adriano del Valle, de aquellos dos versos suyos que dicen:

Al campo y al jardín el aire toma — su longitud de olor.

Parece afirmar que el aire es trascendente y aromado, justamente en la medida en que se extiende y envuelve como un papel de invisible celofán el campo y el jardín; que el aire, una vez que ha superado ese contorno, ese límite, ya no es el mismo, ya no tiene ni su tersura, ni su emoción.

Paralelamente, pero con una imagen análoga y ahora ya referida a sensaciones diversas, Adriano del Valle, afirma delicadamente en esa misma poesía:

*A las campanas de las torres más altas y lejanas
les va midiendo el eco una paloma.*

Esta paloma de Adriano del Valle es la que mantiene vivo en su vuelo, el sonido de la campana. La campana puede considerarse silenciosa, enmudecida, cuando la paloma ha dejado de revolotear en su torno.

* * *

¿A qué huele el aire? ¿A qué huele el viento? En el romance sonámbulo de Federico García Lorca:

*El largo viento dejaba — en la boca un raro gusto — de hiel, de menta
[y de albahaca...*

En «La noche» de Elisabeth Mulder:

Viento del sur, áurea — dulce arpa eolia — con pulsación de aromas...

«Respiro olor salino», dice Juan Ruiz Peña.

Y Eugenio Frutos en «El doncel de Sigüenza» consigue esta metáfora bellísima:

*Delgada soledad que tanto brío — infundes al aroma que navega —
en esquife de viento por tu río.*

Dionisio Ridruejo concluye en su poema «La adolescencia»:

Para tu olor el arte — sosegado y caliente.

Sí, el viento, el aire, huelen, es indudable. Todo huele para el poeta hasta el agua que es por definición, inodora, tiene olor. Así en «Arcángel muerto» de Luis Rosales, se habla de:

*Donde las aguas tienen infancias de agonía
y colores y aromas como un cielo despierto.*

¿Cómo ha de extrañarnos después que Juan Ramón Jiménez en el poema «A caballo» diga aquello de:

*La dulce brisa del río — olorosa a junco y agua, — la refresca
la brisa leve del río. [el señorío]*

¿Cómo ha de extrañarnos que en «La rosa del paraíso» de Valle Inclán se diga igualmente:

*El agua por las hierbas — mueve olores — de frescos paraísos
[terrenales...?]*

Subrayemos del mismo modo la existencia de algunas alusiones a lo que podríamos llamar olores místicos.

Carlos Bousoño en su «Salmo desesperado», dice lo siguiente:

*Voy oliendo las piedras y las hierbas — voy oliendo los troncos y las
[ramas.
Voy ebrio, mi Señor buscando el agrío — olor que dejas donde pasas.*

Prado Nogueira habla «de los cristos gallegos — olorosos a brisa», y Luis Landínez del «aroma inefable de lo eterno».

Ramón de Basterra en «Vírulo ecuestre», dice:

*Saboreaba el olor de las ermitas — viendo santos barrocos entre el leño,
de doradas columnas jesuitas.*

Y aún para Valle Inclán, en su poema «Rosa del paraíso»:

Todo se disuelve en la fragancia — de un domingo de Ramos.

De pronto la sensibilidad del poeta, no diríamos que se embastece, pero tal vez fatigada de haberse desparramado sobre un mundo vago y de borrosos contornos, se ciñe un poco al comentario de las cosas cotidianas. El vino, los alimentos en general, a todo ello alude ahora la palabra del poeta.

En «Muerte de amor» de García Lorca:

*La noche llama temblando — al cristal de los balcones, — perseguida
[por los mil
perros que no la conocen, — y un olor de vino y ámbar — viene de los
[corredores*

Domenchina en «Halos» alude a la «deliciosa nariz del vino de las cavas».

El vino, en «Son de muñeira» de Valle Inclán, es aludido pánicamente:

*El vino alegre huele a la manzana — y tiene aquella olor galana — que
[tiene la boca de una aldeana.*

Salvador Rueda, nos invita en una de sus estrofas:

*Bebamos su fragancia apetecida — como una claridad de los amores —
Sus ráfagas son sueños seductores, — su jugo es el perfume de la vida.*

Con esto emparenta, en cierto modo, aquello de José María de Sagarra en sus «Tardes de diumenge»:

*Son tristes les botigues clausurades,
els pobres arrapats a les parets,
i aquest color llampanant de les criades,
i aquesta olor de cine i cacauets.*

La verdad es que salvo el olor del pan, todos los demás olores de alimentos, son olores que el poeta registra con un profundo disgusto interior, como si le repugnase la servidumbre a la humana fisiología que ellos imponen y de la que podría decirse que la poesía entera no es sino un impulso de liberación.

Dámaso Alonso en su poema «Yo», habla así:

*Mi portento inmediato — mi frenética pasión de cada día,
mi flor, mi ángel de cada instante — aún como el pan caliente con olor
[de tu hornada.*

El pan, en efecto, es un olor, podríamos decirlo, respetado por el poeta; de él no trasciende nunca clase alguna de apetito vulgar. El pan es una especie de símbolo en el que tanto vale lo que espiritualmente representa, como lo que materialmente es.

*¡Yo, que soñando veía — como premio a tanto afán —
que mi troje aromaría — la fragancia de su pan!*

Pero, fuera del pan, insisto, todos los restantes olores de los alimentos en aquella parte de mis excursiones por las antologías poéticas, refleja esa sensación de desdén, unas veces y de repugnancia otras, a que aludí al principio.

Oíd a Agustín de Foxá en su «Alfonso XII»:

Con plebeyez de tortilla — y olor de pescado frito.

José Enrique Gippini, en su poesía «Un pueblo castellano»:

*El señor cura párroco sus latines murmura — en la cocina, el ama,
[la cena condimenta.
Olor a especias, ajos, cebolletas, pimienta.*

José María Pemán en su «Siesta de puerta de tierra»:

*Ha llegado — lento, por el callejón — del Blanco, un soplo caliente
que huele a yodo y cangrejos, — y algas, y putrefacción — del gato
[que el otro lunes
mató el tranvía.*

Y José Miguel Velloso, en «Toro marino»:

*Y mezclar tu mugido con las olas — y lamer con tu lengua los costados
salobres de las barcas embreadas — que huelen a pescado y a podrido.*

Como siempre, hay un punto de interrogación en una gran parte de la selva de la poesía actual, de ahí que quede el lector exactamente sin saber a qué atenerse a la hora de interpretar el poema de José Miguel

Velloso titulado «A Gabino». A este misterioso Gabino, sin apellido conocido, el poeta le dice:

Tu nombre tiene aroma de mariscos.

El hecho de que se sirva del vocablo aroma, hace pensar que al menos excepcionalmente para José Miguel Velloso los mariscos tienen en su universo poético una valoración positiva.

* * *

Si huelen las flores, si huele el aire para el poeta, ¿cómo no han de oler las distintas estaciones del año? ¿Cómo no ha de oler especialmente, entre las cuatro, la primavera? Hay que abrirse paso, como para ver de cerca a una actriz joven recién llegada al aeropuerto, entre las infinitas metáforas que en el reino de la poesía dedican una mención de honor a la primavera. La primavera, junto con el otoño, son las dos estaciones selectas de los poetas, específicamente de los poetas decimonónicos, en suma, de los poetas románticos, para los cuales el paisaje exterior circundante tenía valoraciones más altas que para los poetas actuales; pero naturalmente, el verano y el otoño y el invierno huelen menos que la primavera. La primavera es el gran concertante de los olores, el *tutti* orquestal de los perfumes, la abigarrada exposición en la que todos los jugos de la naturaleza se dan cita para lucir, cada uno de ellos, sus más dorados atractivos. En la primavera, se abren los pechos de la naturaleza, contenidos por un corsé casto y opresor cuyas cintas se sueltan báquicamente el 21 de marzo. Ese día todos los poetas se ponen corbatas de lazo, trajes claros e indultan un preso. La primavera entra anárquicamente en todas partes, es esperada y deseada y produce trastornos e insospechadas reacciones. Es como un torbellino simpático que echase a volar todos los papeles inútiles de las burocracias, y que hiciese barquitas de papel con las acciones de los bancos. Apetece escribir versos en los lugares más extraños, dibujar flores en la escayola de los que se fracturaron los brazos, poner fechas de amor en las muletas de los cojos, y hacer la trompetilla a los discursos solemnes de los hombres importantes.

Todos vivimos la peripecia de nuestra evolución personal en ese trance y aún los que ya traspusieron determinados límites de edad en los cuales la fisiología apenas es una cuestión de reflejos, la acusan y la leen en los demás, como el protagonista de cierto magistral cuento pirandelliano. La primavera es la única inyección exodérmica que existe, pero al mismo tiempo la que más convulsos efectos produce. Antítesis de esas otras cuya aguja audazmente se clava sobre la pulpa del corazón, provoca, sin embargo, consecuencias paralelas. La primavera descarga

en nuestro organismo un golpe de gong y lo deja, así, vibrando, largo tiempo. Invitemos sólo a la primavera a este florilegio de citas. Excluyamos, tanto porque son más raras, como para no quitar importancia a éstas, las citas que se refieren a las otras estaciones. Ved así, aprehendida al paso, algunas menciones odoríficas del perfume de la primavera.

Dice Fernando González en «Resol»:

*Mi corazón era una rosa abierta — al resol de una tarde sin fortuna —
con palidez de pétalos de luna — y un tenue olor de primavera muerta.*

Dice Ernestina de Champourcin:

*¡Toda la primavera! — Fervores del instante transido de capullos, —
gracia, timidez, leve del perfume sin rastro, — caricias que despiertan
[el sexo de las horas...*

Y Bacarisse:

*Primavera arrebatada — de efluvios enloquecidos, — olor de la bien
[llamada
no te apresan los sentidos. — La razón del corazón — husmea tu fiel
[unción
y allá va perseguidora — del aire, galán malvado.*

Dice Juan Ramón Jiménez:

*¡Si yo fuese —inefable— — olor, frescura, música, revuelo —
en la infinita primavera pura — de tu interior totalidad sin fin!*

Y Vicente Aleixandre en «El desnudo»:

*Déjame ahora beber ese agua pura, — besar acaso ciegamente —
unos pétalos frescos, un tallo erguido — un perfume mojado a
[primavera.
Mientras tu cuerpo hermoso arriba orea — su cabello luciente y tus dos
[manos ríen,
entre su luz, y tu busto palpita.*

Por último, Antonio Machado, en sus «Campos de Soria» en uno de los versos más sencillos y conmovedores de la lírica castellana, canta así:

*¡Alamos del amor que ayer tuvisteis — de ruiseñores vuestras ramas
[llenas;
álamos que seréis mañana liras — del viento perfumado en primavera;
álamos del amor cerca del agua — que corre y pasa y sueña — álamos
[de las márgenes del Duero.
conmigo vais, mi corazón os lleva!*

* * *

Como es lógico, sin embargo, lo que realmente pone en trance la sensibilidad del poeta es el ser humano. Normalmente la figura amada. Si los perros cervantinos hubieran tratado este tema y el diálogo entre ellos se hubiese ceñido al laberinto de los olores, estos perros hubieran podido hacernos revelaciones fabulosas. Aquí es donde el olfato humano y aún el olfato del poeta, el olfato depurado y exquisito nos revela más su insuficiencia. Podría hablaros casi de una especie de monocorde olor que unas veces es sensual y otras veces es romántico, que unas veces se exhala del cabello y otras del aliento, y otras, esto ya imaginativamente, de la voz. Ciertamente estoy de que mi afirmación podrá ser desmentida con muchos ejemplos. Basta simplemente con ahondar más de lo que yo lo he hecho a través de la obra poética para encontrarse muchos casos que desmentirán cuanto digo. Pero en términos generales, permítaseme asegurar que, pese siempre a la posibilidad de estas derrotas parciales, yo entiendo que el ser humano, para la sensibilidad olfativa del poeta, es prácticamente romo. Y es lógico que así suceda. Anteriormente al principio, hablábamos de la limitación fisiológica de percepción de los olores que padece el hombre. Hacíamos de pasada el elogio del mundo odorífero del perro. Pero lo cierto es que no sólo el perro está mil veces más dotado que el hombre para ese objetivo sino que hay en el mundo animal innumerables seres y especies que rebasan la aptitud del hombre. Los insectos, los peces, todos nos baten, permitidme esta referencia a los marcadores deportivos, por diez a uno. Según Le Magnen el olfato juega en los insectos un papel importantísimo. La abeja, la termita, la hormiga, están agrupadas por castas o colonias que se reconocen entre sí única y exclusivamente por el olor corporal. Si las hormigas se dan cuenta de que es extraña la que a ellas se acerca, no es por la diferencia del color o del tamaño, aun cuando éste en ocasiones pueda ser grande, sino por su olor, de tal forma que cuando ésta se impregna o se disfraza con el color de la especie, no es atacada por las otras y penetra libremente en la cocina, y a la inversa, cuando por una razón cualquiera aquella hormiga que pertenece a su grupo ha tomado el olor correspondiente a otra colonia o al de una especie enemiga, es agredida por las suyas.

Los peces... Estephan Hardley cuenta, que basta con meter un gobio —ese pececillo de agua dulce— en un recipiente lleno de agua donde haya habido un sollo —su enemigo nato— durante unos minutos, para que dé signos de terror. Comprende que en aquel mismo lugar ha estado quien puede devorarlo y le basta. Le Magnen —ya aludido— ha hecho experiencias concluyentes con un determinado tipo de moscas, la drosófila ampelófila que en su medio natural suele alimentarse de frutas fermentadas. A esta mosca en el laboratorio le atraen tan sólo algunas sustancias de olor fuerte como el alcohol, el éter y el ácido acético, que son las que producen el olor característico de las frutas fermentadas. Por eso, cuando estas sustancias se mezclan en la proporción que tienen en

la fruta, la mosca se acerca a ellas ciegamente. Con la explotación de este engaño se fabrican algunos insecticidas. La rata salvaje, igual que otros mamíferos establece dentro de su territorio un verdadero semáforo de señales olfativas. En cada uno de los puntos por los que pulula forma un depósito de secreciones urogenitales que guían sus salidas nocturnas. La verdad sea dicha, cuando un animal se decide a ser repugnante lo es en toda su actividad vital. Sírvanos de contraste lo que el zoólogo Zabe afirma sobre la llamada olfativa de la hembra de la mariposa en la época de la reproducción. Parece que este olor atrae al macho a grandes distancias y que facultado maravillosamente para percibirlo, aunque lo oculten otros más fuertes, y guiado por el infalible radar del instinto, acude desde muy lejos a su apasionada cita. Es indudable que el animal dispone con su olfato de un laboratorio químico mucho más completo y perfeccionado que el nuestro y de él se sirve frecuentemente, inclusive en nuestro daño. ¿Por qué el caballo, se da cuenta de si el que lo monta lo hace con habilidad y dominio o sin él? ¿Por qué el caballo se encabrita con el jinete inepto, normalmente, y ya en mucha menor medida con el hábil y dominador? Porque el inepto, padece miedo. Ahora bien, el miedo determina una secreción de determinadas glándulas y esta secreción, inodora para nuestro lamentable olfato de cuarto orden, es por el contrario reveladora para el del caballo.

¡Pobre y limitado órgano olfativo del hombre, aunque sea poeta! Si fuera posible, que una hormiga, solamente una hormiga, leyera las mil mejores poesías españolas y, claro está, las de cualesquiera otras lenguas y naciones, las rechazaría por inexpresivas. Ellas, minúsculas, con sus antenas insignificantes, con su continua movilidad podría contarnos a nosotros, presuntos reyes de la creación, muchas historias que ignoramos. Y, sin embargo, para no llegar a conclusiones demasiado pesimistas, cabe entresacar algunas bellas imágenes.

Dice Tomás Borrás:

Una noche olía — su cuerpo a jardín mojado.

E Ignacio Agustí, en su «Presagio del hijo» pone con una nota de ternura cierta variedad en las motivaciones casi estrictamente sensuales del olfato:

Hela aquí tiritando, braceando, — la novel carne del recién nacido — a medias amasada; se conoce — por el olor, como una bocanada — que [despierta los mundos, los resume; un empellón de Dios, y ya se mueve.

Francisco Villaespesa:

¡Oh, enfermas manos ducales — olorosas manos blancas!

Ved otras referencias más apasionadas:

Fernando González:

*Y, por no sé qué suerte de mi sino — el fresco aliento de tu nombre
[vino —
hasta los secos labios de mi boca...!*

Joaquín Romero Morube, en el Romance del «Jardín amargo»:

*Que ese perfume indeciso — entre mujer y albucema — fueron testigos
[un día
de mi dicha, y ya está muerta.*

Con más violencia, Federico García Lorca nos habla en su «Romance sonámbulo»:

*Trescientas rosas morenas — lleva tu pechera blanca — Tu sangre
[rezuma y huele,
alrededor de tu faja — Pero yo ya no soy yo — ni tu casa es ya mi casa.*

Y Gerardo Diego en su «Romance del Júcar»:

*No te pintes ya tan pronto — colores que no son tuyos — Tus labios
[sabrán a sal,
tus pechos sabrán a azúcar.*

Y Ezequiel Endariz:

*Anda grave como Diana — tras sus faldas de percal — y su carne,
[miel y leche,
deja un olor de azafrán.*

Resumen y en cierto modo síntesis de esta progresiva sexualización del olor del ser humano, puede verse en el poema de Emilio Carrera, titulado «Schopenhauer»:

*Yo amé a las mujeres. ¡Oh, carne fragante, — senos en flor, dulce
[misterio sexual!
¡Yo amaba la gloria divina y distante — envuelta en un mago fulgor
[de ideal!*

Algunos poetas aluden a olores menos románticos. Ved el poema de Miguel Hernández, «El sudor»:

*Vestidura de oro de los trabajadores — adorno de las manos como de
[las pupilas,
por la atmósfera esparce sus fecundos olores — una lluvia de axilas.*

Ved el de Ramón Bastera titulado «La espera»:

*Existen seres bastos, espesos, cuya boca — da el pestífero aliento que
[mustia cuanto toca.*

Y Domenchina en su «Primavera de gozo», nos dice:

*Bien está tu perfume misceláneo, el que exhala — la iniciación unánime
[y ciega tu fronda,
el deje agudo y limpio de las lentas axilas — y el que arranca, en
[redondas, trémulas y calientes,
ondas, del oleaje de los bustos perfectos.*

De nuevo Emilio Carrere convocado a la cita final en su «Elogio de las ramera», hace esta declaración de principios:

*Amo esa carne impúdica de perverso perfume — a la selva que guarda
[la gruta venusina
y ese alma paradójica, virginal y felina — que en la gran llamarada del
[amor se consume.*

Huelen, por fin, ¿y cómo no?, la voz y el pelo.

Francisco Villaespesa en «Voluptuosidad», dice:

*¿No acarició mi mano las gloriosas — ánforas de tus sueños?...
[Tu voz era
un perfume también... la primavera, — ¿No vertió sobre mí todas sus
[rosas?*

Y Juan Larrea en «Centenario»:

*Sufriendo como el clima de una isla enclavada — hacia el sur; ¡qué bien
[buele a arboleda tu voz
y a ola recién surcada.*

Leamos ahora a Vicente Aleixandre.

Negro brilla tu pelo — onda de noche,

canta en «Ultimo amor». Y añade:

*Su perfume embriaga — de sombría certeza lumbre pura — tenebrosa
[belleza inmarcesible
noche cerrada y tensa en que mis labios — fulgen como una luna
[ensangrentada.*

Y José María López Abellán en «Me voy a morir», advierte:

Me voy a morir, — lo dices con una voz de fragancias — ocultas en el
de la tarde. [martirio]

Emilio Carrere en su «Elogio de las ramera», sueña con «encender a la amada con dulce pasión». Y besar su cabello de fragancias amargas.

La sangre huele también. La cita es de Aleixandre:

Color, olor mis venas — saben a ti, allí te abres — ebriamente
tu me recorres, toda — toda mi sangre es sólo — perfume. [encendido
aroma arrebatado que por mí despliegas — y como sangre corres —
[por mí, que a mí me pueblas. [habitas, —

Ernestina de Champurcin, dionisiacamente pregunta al amado:

¿No sientes mis raíces? — Tu tallo florecido ebrio de sí —
eterniza mi cálida fragancia.

Más cínicamente, César González Ruano en su «Balada de cherche-midi» pide que le liberemos de muchas servidumbres que le aterran:

No dejéis que me huela durante enormes tardes — el sobaco aburrido,
el ancho olor profundo de uno mismo ya fuera, — entre moscas pesadas
[el llanto que no llora,
[como tercas conciencias.

En definitivas cuentas, amigos míos, conforme os decía antes, pobre antología para el hermano pez o la hermana hormiga...

Y en realidad, ¿debemos condolernos de esa limitación?

¿Haríamos un buen negocio enriqueciéndonos con alguna de las cualidades físicas del mundo animal que nos rodea? Bien nos conveniría la agilidad del mono, la fuerza del león, la sobriedad del dromedario y la vista del lince, pero si por un capricho de la naturaleza, esta tosca y elemental nariz de que disponemos multiplicase su sensibilidad, ¿saldríamos ganando mucho?

* * *

En fin... Abramos un capítulo antes de acabar para los olores varios e inclasificables. Abramos lo que pudiéramos llamar una sección de olores perdidos. De estos que pueden irse a buscar en las comisarías, en los juzgados, en los teatros, junto con los paraguas, los monederos, los sombreros y los abrigos extraviados.

— Dice Río Sáinz:

Se huele a cloroformo — detrás de esas oscuras — ventanas
[entornadas...

Y paralelamente, Valle Inclán:

Bajo la sensación del cloroformo — me hace temblar con alarido
la luz de acuario de un jardín moderno — y el amarillo [interno —
olor del
[yodoformo.

Como contrapunto, Federico Carlos Sáinz de Robles en «Te recuerdo vagamente» enfila otro olor menos doloroso:

Mesas de manteles blancos — cazadores de floreros — huele el
[ambiente a tabaco — rubio y caro, por supuesto.

¡Qué alegría da que al olor a la piel de Rusia se le cite en el campo de batalla; Es Juan José Domenchina:

Como la piel de Rusia — ¡es extraño! — el latido — del abedul —
[acorde, de olor y en el gemido,
la lágrima y el lúpulo en el oro fluido — de la cerveza: en todo me
[encuentro estremecido.

En el «Poema de los príncipes y de los cardenales», de Fernando de la Quadra Salcedo, se lee esto:

Como cinco péndulos de oro — oscilaban los cinco incensarios — y su
[aroma como un tesoro
perfumaba los blancos osarios.

Para Ezequiel Enderiz:

La cimitarra del sol — cortó maderas olorosas.

Alonso Quesada en la «Compañía nueva» alude al olor del hogar:

Al retorno el crepúsculo de oro — te hace más blanca y a tu amor
[más serio
El olor del hogar, leña y aroma — de tu alegre limpieza está contento.

Y por último Ramón de Basterra, en «Un aria babélica», dice:

*Con maravilla vio flamear los linos, — soñó al cantar de la marinería —
y entre velas de naves y fragancia — del yodo, transcurría, azul, su
[infancia.]*

* * *

La muerte tiene también olor, éste terrible.

Veo en José María López de Abellán:

*Y la dulce sonrisa de tus labios amantes — que no supo arrebatarme
[la muerte,
la embalsama y aroma con esencias perdurables y eternas.]*

El patetismo de María Antonio Vidal:

*Pero hoy apestas, carne dolorida — a sol quemado y a doliente llaga —
Cuando tu luz entera se desbaga — será otra vez la vida sólo vida.*

Y la violencia con que Miguel Hernández, en «El labrador de más aire», le increpa:

*Ya se te quiebra el color: — ¿dará tu boca de pana, — para besar,
el hedor de cuanto el tiempo agusana?*

* * *

Nos queda el olor de la nostalgia. Quizás el poema de Carner «Fidelitat», lo expresa puntualmente:

*M'hagués llevat l'esguard una espasa roenta
jo reconeixeria encara, poble meu,
tes cases, per l'olor de l'encens la de Déu
i la del moliner per una olor de menta,
i per l'olor del pa sabria quina es
casa de cada un dels tres flequers,
i tot flairant l'espigol que es tors damunt la brasa:
—Es a can Po — diria— de vint anys ha malalt;
l'olor del socarrim trairia la casa
del manescal.*

* * *

Forzoso es poner término a esta ya larga antología. He contraído la responsabilidad de dejar fuera de ella, aún ceñido como lo estoy a la poesía española contemporánea —y este es un coto ciertamente limitado en el tiempo aunque el número de los que merecen figurar en ella es anchísimo—, un gran número de poemas.

Probablemente cuantos estáis aquí recordáis algún verso que ha quedado extramuros, tal vez por falta de espacio, más ciertamente por ignorancia y desconocimiento mío. Desearía, sin embargo, que las muestras aportadas hayan sido lo suficientemente expresivas. En la actitud humilde con que los autores de algunos diccionarios solicitan de sus lectores que les ayuden a cubrir sus lagunas yo me atrevería a pedirlos que me ayudaseis a suplir tantas y tan graves omisiones para una nueva salida.

Marcela Sánchez Coquillar alude en uno de sus poemas al título del que me gustaría enorgullecerme en mis tarjetas de visita: «Cazador de aromas». Ser en efecto cazador de aromas no es mal oficio. Un poco extraño, tal vez, pero sugestivo.

Marcela Coquillar, me da la clave de muchas cosas que yo intuía ya antes de iniciar esta tarea. Afirma la poetisa,

*Quiero decirte cazador de aromas: ¿Buscas tal vez la voz entre mis
[labios?
¿sabes que en cada verso hay un exangüe — o espléndido perfume
[derramado?*

Probablemente tiene razón. En todo verso legítimo, en todo verso que merezca ser así llamado, hay, tácito o expreso, un perfume que lo enriquece y que le da profundidad y atracción. Me atrevería a decir que no sólo cada verso tiene su olor y su perfume, sino que lo tiene también cada distinta forma poética.

¿No creéis que el romance huele a cantueso, a hierba buena, y a romero, y la silva a nardos, y la cuarteta a jazmines? ¿No veis el soneto como una orquídea y la décima como una margarita? ¿No son los gladiolos las coplas de pie quebrado y las cerezas los ovillejos, y el pareado el guisante de olor? ¿No huele a azahar el verso libre y la quintilla a clavel? ¿Y no es la octava real como una camelia, a su igual presuntuosa?

Pienso que no sería difícil encontrar a los grandes poetas españoles y, ocioso es afirmarlo, a todos los grandes poetas universales, un paralelismo en el mundo del olfato y desde esa fácil identificación de el Arcipreste de Hita con la mejorana y de Becquer con las violetas, podríamos seguir fundiendo los grandes nombres del parnaso español con diversos aromas que los evocasen.

Pero, ha llegado el momento de acabar; en suma, de liberaros. Evocaré, como final, un maravilloso cuadro de Brueghel existente en el Museo del Prado. Representa un inmenso jardín. Pájaros de brillante colorido lo pueblan. En el centro, hay un pequeño surtidor. A la derecha una mujer a la que un amorcillo le ofrece una flor. Ella la aspira y sonrío. Este cuadro se titula «El olfato». Me ilusionaría que aceptáseis las divagaciones intrascendentes que acabáis de oírme, en el placentero estado de ánimo con que la diosa del cuadro inmortal recibe el homenaje de la flor. Y que sonriéseis como ella, con indulgencia.

MINISTERIO DE CULTURA

Parlamentaria tiene cada...
que muestra en el...
entonces a...
que no sólo...
también...
No...
también...
que...
el...
traza...

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL ATENEO

Excmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH



MINISTERIO
DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

MINISTERIO
DE CULTURA



Mi intención era únicamente pronunciar unas palabras rituales que eran el tránsito del curso anterior al curso que va a empezar, aunque en realidad, como decía un periódico hace pocos días, el Ateneo no empieza ni acaba porque la función del Ateneo es de permanencia y de continuidad. Pero voy a ampliar brevísimamente mi intención inicial para dejar constancia de los inexcusables motivos de gratitud que el Ateneo tiene en esta hora. Uno, para nuestro ilustre conferenciante, don Joaquín Calvo Sotelo, que al hablarnos hoy de los perfumes de la poesía española, parece que haya abierto las ventanas de esta casa y las haya abierto para que entrara realmente todo el perfume de la poesía aquí. Creo que éste sea tal vez el mejor augurio para el curso que va a empezar. Otro motivo de gratitud del Ateneo Barcelonés, es la presencia en este acto del Ilmo. Sr. Director General de Información, don Carlos Robles Piquer, que nos trae la representación del Sr. Ministro. El Ateneo Barcelonés tiene muchos motivos de gratitud con la Dirección General de Información y con su Director General. Motivos de gratitud por el apoyo material que recibe de la Dirección General, sin el cual la vida del Ateneo Barcelonés sería dificultosa, sería ardua, pero también por todo el sostenimiento moral, por el apoyo en el orden cultural e intelectual que la Dirección General de Información nos da constantemente con el envío de obras para su biblioteca, con el intercambio de conferenciantes y aún con la simple sugerencia y orientación en muchos casos muy aceptable por nosotros, que constantemente nos da. Yo quiero agradecer, pues, al Sr. Robles Piquer, su presencia en el día inaugural y en este acto; lo que tiene de agradable su gesto de venir a secundarnos en esta ocasión y quiero expresarle en nombre de la Junta Directiva del Ateneo Barcelonés y de todos los socios de esta casa, nuestro afecto, y nuestra gratitud. (Aplausos.)

DISCURSO DE CLAUSURA

DEL DIRECTOR GENERAL DE INFORMACION

Excmo. Sr. D. CARLOS ROBLES PIQUER



ANUARIO DE OBRAJOS

RESUMEN DE LA OBRA

DE LOS TRABAJOS DE OBRAJOS

MINISTERIO
DE CULTURA



Excmos. e Ilmos. Sres. señores directivos y socios del Ateneo de Barcelona, señoras y señores:

Realmente lo único que quiero decir es que me complace vivamente haber estado en este acto porque he tenido ocasión de compartir con ustedes una sesión realmente magistral, en la que hemos escuchado la palabra docta, profunda y amena del ilustre académico y Presidente de la Sociedad General de Autores, de España, don Joaquín Calvo Sotelo, bajo una dirección y una presidencia realmente también magistrales como lo son la asistencia misma de Udes. a este acto y el ambiente todo en que la conferencia se ha desarrollado. Los ateneos vienen de otros tiempos y hoy día no es quizá fácil mantenerlos en plena vitalidad porque hay, generalmente, en el mundo preocupaciones que corresponden al siglo en que estamos y que atraen la atención de quienes antes sólo tenían tal vez esa preocupación filtrada en torno a la vida intelectual de los ateneos. Por eso es nuestra obligación y nuestro deber que cumplimos con el mayor gusto, prestar calor, cordialidad, afecto y ayuda en lo que está a nuestro alcance que no es tampoco tanto como desearíamos, para mantener en nuestro tiempo, vivos y fecundos los ateneos. Y hoy, en esta sesión, encontramos un espléndido ejemplo, de cómo pueden desarrollar su actividad los ateneos con conferencias que atraen la atención del público culto y gustoso de recibirlas y en las que no solamente se sigue el antiguo precepto de los tiempos en que los ateneos se fundaron, de enseñarnos deleitando, sino que se nos da un paseo tan vivo y brillante, en este caso, por toda la poesía española, por cierto, como nos ha demostrado el conferenciante, tanto como por la que se expresa en nuestro común idioma, que ha dejado de ser ya la lengua castellana en sus buenos tiempos iniciales, para transformarse en un poderoso y positivo vínculo entre todos los pueblos hispánicos, incorporando a ella también muy hábilmente aun cuando no puedo juzgar respecto a su pronunciación, algunas muestras de la poesía que se expresa en la riquísima lengua catalana, propia de esta región que es por cierto tan española como todos nosotros, como la otra. En este espíritu realmente hemos pasado todos un rato que podemos calificar sin exageraciones, de delicioso, entre otras cosas porque Joaquín Calvo Sotelo ha sabido a la vez divertirnos y entretenernos y a la vez también como es función

de todos los ateneos, inquietarnos un poco. Esta idea de que al menos en algunos aspectos no es el hombre el rey de la creación, diré que el pez o la hormiga pueden tener y de hecho tienen mayor sensibilidad para apreciar determinados valores de los que nos circundan, es un poco desazonadora y por serlo sólo nos cabe decir que en la propia explicación de él, en su propia exposición, está el mejor argumento para rebatir su tesis, porque de lo que todos estamos seguros es de que jamás ni un pez ni una hormiga habrán podido trazar una conferencia tan magistral como esta. De modo que, sin alargar más la sesión que ya es suficientemente redonda y perfecta para no prolongar con mi voz sus últimos minutos, quiero decir que para mí ha sido muy honroso y grato acompañar a Udes. en esta ocasión, ostentar la representación del Ministro que tuvo el placer de acompañarles en la apertura del curso anterior y que a causa de ineludibles compromisos no ha podido venir a disfrutar de este aroma que hemos podido apreciar incluso con un olfato deficiente y que, efectivamente, recoge el hermoso aroma que corre tal vez por las calles de Barcelona como consecuencia de ese culto floral y olfativo que Udes. tributan a los más hermosos vegetales que existen en las calles principales de Barcelona, en las Ramblas, abandonando para ello el olor mucho menos grato, por cierto, a veces áspero y quizá un tanto desagradable, de los despachos oficiales. Muchas gracias.

—Queda inaugurado el curso académico del Ateneo Barcelonés.

(Aplausos.)



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA

